

Donald Kagan

SOBRE LAS CAUSAS DE LA GUERRA Y LA PRESERVACIÓN DE LA PAZ

Introducción

El desplome de la Unión Soviética puso fin a la peligrosa rivalidad existente entre las grandes potencias que amenazaron la paz y la seguridad del mundo durante casi medio siglo. Para muchos, la victoria del Oeste sobre el Este, del mercado libre sobre las economías planificadas, de la democracia sobre las dictaduras comunistas, promete una nueva era de seguridad, prosperidad y paz. Muchos confían en una paz posible y duradera con la victoria de una economía de mercado libre, su expansión a través de todo el mundo, y en la revolución de las comunicaciones, pues creen que el incremento de los viajes y las relaciones comerciales mutuamente ventajosas harán que la guerra sea indeseable o imposible. Otros tienen la esperanza de que el desarrollo de la democracias permita la existencia de un mundo más pacífico, ya que, en los tiempos modernos, los Estados democráticos no se han enfrentado unos con otros. Algunos confían en el nuevo equilibrio de poder, más favorable a las fuerzas que se encuentran satisfechas con el lugar que ocupan en el mundo y, por tanto, están más interesadas en la paz. Otros se consuelan al pensar que las armas nucleares evitarán que las grandes potencias se involucren en conflictos de gran envergadura. Incluso se ha sugerido que el triunfo del concepto occidental del liberalismo económico y político y la derrota del comunismo han provocado el fin de la historia y, con ello, el fin del peligro de grandes confrontaciones bélicas entre los Estados modernos.¹

En un momento así, realizar un estudio sobre los orígenes y las causas de las guerras puede parecer fuera de lugar. Sin embargo, un vistazo rápido a la historia sugiere otra cosa. No es la primera vez que nuevas condiciones e ideas han logrado que muchos lleguen a pensar que estaba por alcanzarse un nuevo proyecto de paz duradera, y sin embargo, en los dos últimos siglos, más frecuente que las predicciones sobre el fin de las guerras ha sido la guerra misma. Las antiguas teorías sobre lo obsoleto de las guerras eran iguales que las

¹ Francis Fukuyama, "The End of History?", en *The National Interest* 16, 1989, p. 18.

de ahora. En 1792, el científico inglés Joseph Priestley creía que "los tratados comerciales actuales entre Inglaterra y Francia, y entre otras naciones que en un momento fueron hostiles entre sí, muestran que la humanidad comienza a sensibilizarse con lo absurdo de las guerras y anuncian una etapa nueva e importante con relación al mundo en general, al menos en Europa".² Thomas Paine expresó un criterio similar en su escrito *The Rights of Man (Los derechos del hombre)*, que apareció el mismo año. "Si el comercio pudiera desarrollarse con la extensión universal de que es capaz, exterminaría el sistema de la guerra."³ Paine creía, al igual que Montesquieu y Kant, que la sustitución de las repúblicas por monarquías garantizaría una paz duradera. Aplicó esta teoría a la nueva república que estableció la Revolución Francesa: "Cuando se cambió la forma de gobierno en Francia, los principios republicanos de paz, prosperidad y economía nacional surgieron con el nuevo gobierno; y ocurrirá lo mismo en el caso de otras naciones".⁴

El Congreso de Viena hizo posible un siglo pacífico, hasta entonces desconocido para las naciones europeas. Una generación después, muchos europeos, especialmente los súbditos de la reina Victoria, pusieron todas sus esperanzas en la llegada del nuevo siglo. En 1848 John Stuart Mill alabó las ventajas del comercio, que estaba "logrando aceleradamente que la guerra se hiciera obsoleta, al fortalecer y multiplicar los intereses personales, lo que actuaba en contra de ella... [L]a gran amplitud y el rápido aumento del comercio internacional... [son] la garantía principal para la paz del mundo".⁵ Los liberales contemporáneos, como Richard Cobden, combinaron un elevado idealismo romántico con un moralismo evangélico para presentar al libre comercio, del cual eran partidarios, como el antídoto contra la guerra:

Si no estuviera convencido de que el asunto [del libre comercio] incluye un profundo principio moral e implica la mayor revolución moral que haya alcanzado la humanidad, no tomaría partido de la forma en que lo hago. ¡Libre comercio! ¿Qué es? Romper las barreras que separan a las naciones; detrás de esas barreras anidan sentimientos de orgullo, venganza, odio y celos, barreras que cada cierto tiempo se trasponen para cubrir de sangre a países enteros.⁶

² Citado por E.L. Jones, *The European Miracle*, Cambridge, 1981, pp. 125-126.

³ Thomas Paine, *Collected Writings*, vol. 1, Londres, 1894, p. 456.

⁴ Paine, p. 453. Michael Howard cita pasajes relevantes de Montesquieu y Kant, *War and the Liberal Conscience*, Londres, 1978. Lo que debo a este excelente trabajo será evidente a través de toda esta sección.

⁵ J.S. Mill, *Principles of Political Economy*, Londres, 1848, p. 582.

⁶ Tomado de un discurso en la manifestación de Covent Garden el 28 de septiembre de 1843, citado por Correlli Barnett, *The Collapse of British Power*, Nueva York, 1972, p. 49.

Hombres como él y como John Bright combinaron su confianza en el poder pacífico del comercio con la convicción de que el incremento de la democracia ayudaría, también, a poner fin a la guerra. Pensaban que los pueblos querían la paz; sólo las clases altas buscaban la guerra y obtenían beneficios de ella. Cuando el pueblo gobernaba, había paz.⁷

El desarrollo de la tecnología convenció a muchos de que las guerras futuras serían desastrosas para cualquier líder racional y para cualquier país. A finales del siglo, Iván Bloch, un empresario polaco que había organizado el abastecimiento por ferrocarril para el ejército ruso en la guerra contra Turquía en 1877-1878, publicó un estudio monumental. En él describía lo que podría esperarse de una guerra futura bajo las nuevas condiciones. A partir de consideraciones políticas y análisis de la última tecnología militar y de los nuevos desarrollos económicos, el libro de Bloch, *La guerre future; aux points de vue technique, économique et politique*, concluía que la guerra moderna sería, no sólo fútil, sino también suicida. El último volumen, traducido al inglés, se titulaba *Is War Now Impossible? [¿Es ahora imposible la guerra?]*, y la respuesta era, sencillamente, sí, al menos con relación a los grandes Estados: "Las dimensiones de los armamentos modernos y la organización de la sociedad han hecho que su ejecución sea imposible económicamente". El alcance, la velocidad del disparo y la precisión del armamento moderno impedirán que se efectúen batallas decisivas. El punto muerto en el campo de batalla produciría "una matanza enorme, a una escala tan terrible, que haría imposible que la batalla pudiera decidirse". Entonces ocurriría "un largo período de un incremento continuo de la presión sobre las necesidades materiales de los combatientes, [un] desplazamiento completo de la industria y una restricción severa de todas las fuentes de abastecimiento con que cuenta la comunidad para soportar la carga aplastante. Ése es el futuro de la guerra; no la lucha sino la hambruna, no la matanza de hombres sino la bancarrota de las naciones y el descalabro de toda organización social".⁸

En los años anteriores al surgimiento de la Primera Guerra Mundial se expresaron, con frecuencia, opiniones similares a las de Mill, Bright, Cobden y Bloch. En la primera década del siglo XX, Norman Angell argumentó que el desarrollo de unas condiciones distintas había logrado que la guerra no tuviera sentido. Para hacerla imposible, sólo había que enseñarle a todo el mundo las nuevas realidades. Angell dio por sentado que las naciones van a la guerra principalmente para obtener ganancias económicas, pero el capitalista sabe, dijo, "que las

⁷ Interesarse por el equilibrio de poder, dijo Bright, es sólo "un sistema gigantesco de apoyo externo para la aristocracia británica". G.M. Trevelyan, *John Bright*, Londres, 1913, p. 2.749.

⁸ Michael Howard, "Men Against Fire: The Doctrine of the Offensive in 1914", en Michael Howard, ed., *The Lessons of History*, New Haven, 1991, pp. 97-99.

armas, las conquistas y las luchas por las fronteras no sirven a sus fines y pueden muy bien derrotarlos". Económicamente, no había nada más que pudiera ganarse a través de la guerra y la conquista. "Si el crédito y el contrato comerciales se alteran en un intento de confiscación, la riqueza dependiente del crédito se socava, y su desplome arrastra al conquistador; por lo que si la conquista no quiere lastimarse a sí misma, debe respetar la propiedad del enemigo y, en ese caso, se convierte en algo económicamente fútil."⁹

Es una característica especial del mundo occidental moderno, opuesta a otras civilizaciones y al mundo occidental premoderno, creer que los seres humanos pueden cambiar y controlar el entorno físico y social, e incluso la naturaleza humana, para mejorar las condiciones de vida. La revolución en la ciencia y en la tecnología, desde el siglo XVI, ha estimulado la creencia de que la naturaleza puede dominarse con ese propósito y la revolución intelectual que esto provocó en el siglo XVIII estimuló la idea de que la sociedad humana y el comportamiento de los seres humanos individuales pueden manipularse de igual forma para obtener progreso, paz y prosperidad. Al igual que los elementos de la naturaleza, las personas y sus instituciones se consideran infinitamente maleables, al requerir solamente inteligencia, buena voluntad y determinación para mejorarlos y perfeccionarlos. Por esto no resulta sorprendente que los hombres de la Ilustración y sus descendientes llegaran a albergar estas expectativas.

Sin embargo, en el mismo año en que Paine se aseguró de que los principios republicanos traerían paz y prosperidad, la nueva república francesa entabló guerras con sus vecinos, y Francia, Gran Bretaña y Europa se habían enfrascado en una guerra general devastadora que duraría más de dos décadas. El Congreso de Viena estableció una paz verdadera y sólida, pero las esperanzas de Mill, Bright y Cobden se frustraron a mediados del siglo. La democracia y la guerra demostraron que podían ser compatibles cuando el pueblo británico apoyó con entusiasmo la participación de su país en la Guerra de Crimea. Cuando la Primera Guerra Mundial estalló en 1914, se acogió también con gran entusiasmo popular, en los países democráticos, al igual que en todas partes.

La Primera Guerra Mundial fue mucho más horrible y destructiva que lo que Bloch y sus contemporáneos imaginaron. Sin embargo, esa experiencia aterradora no impidió el estallido de una guerra todavía más desastrosa, sólo dos décadas después. Los optimistas descendientes de los partidarios del libre comercio y de la democracia en el siglo XIX centraron sus esperanzas en la Sociedad de Naciones, la culminación aparente de los sueños de los gobiernos de todo el mundo que se refería al pensamiento de Kant en el siglo XVIII. La nueva organización, sin embargo, no trajo la paz ni mediante un mayor entendimiento internacional ni mediante una seguridad colectiva. Los

⁹ Howard, "Men Against Fire", pp. 70-71.

sucesos temerosos de Angell y Bloch contemplaron los nuevos peligros que acarrearían los bombardeos aéreos, creyeron que significaría el fin de la civilización si ocurría otra guerra y confiaron en que la amenaza prevendría su estallido. Pero no todas las naciones y sus líderes compartieron este nuevo terror, y no se pudo impedir la Segunda Guerra Mundial.

Durante los dos últimos siglos, los optimistas y los pesimistas han pronosticado el fin de la guerra, con diferentes argumentos. Se han equivocado. Al creer y desear el progreso, olvidan que la guerra ha formado parte persistente de la experiencia humana desde antes del nacimiento de la civilización.¹⁰ En 1968 Will y Ariel Durant calcularon que de los primeros 3.421 años de civilización, sólo en 268 no habían ocurrido guerras.¹¹ Desde la Edad de Piedra, hace al menos diez mil años, una sucesión de ejércitos organizados pelearon unos contra otros y construyeron fortificaciones para protegerse y proteger a su pueblo de los ataques de otros ejércitos.¹² Las primeras civilizaciones de Egipto y Mesopotamia añadieron elementos nuevos y eficaces a las técnicas militares. Desde un inicio se enfrascaron en guerras, al igual que sucedió con las culturas pertenecientes a la Edad de Bronce y de Hierro en el mundo entero. La primera obra literaria en la tradición occidental, *La Ilíada*, de Homero, trata sobre una larga y cruenta batalla, y sobre los hombres que intervinieron en ella. Los himnos rígvédicos de la antigua cultura de la India narran la historia del dios guerrero, Indra, que destruyó las fortificaciones de sus enemigos. Las primeras civilizaciones de China se asentaron con ejércitos equipados con lanzas, arcos compuestos y carruajes para la guerra. En el siglo VI a. C. el filósofo griego Heráclito señaló que *polemos pater penton*, "la guerra es el padre de todas las cosas". Los filósofos antiguos como Platón y Aristóteles dieron por sentado, como una condición natural duradera del hombre, su tendencia a emprender guerras. Estaban convencidos de que el hombre era por naturaleza codicioso y agresivo, y que los gobiernos y las leyes existían para frenar estas tendencias. Como no imaginaron un gobierno de una amplitud mayor que la que poseían las ciudades-Estado individuales, asumieron que la guerra era inevitable para la humanidad.

A los griegos de la antigüedad, arruinados por las guerras constantes, les interesaba investigar sus causas. El "Padre de la Historia" comenzaba su recuento de esta forma: "Lo que ha descubierto Herodoto de Halicarnaso mediante sus investigaciones se publica aquí, para que las grandes y maravillosas proezas realizadas, tanto por los griegos como por los bárbaros, no se borren con el

¹⁰ Arther Ferrill, *The Origins of War*, Londres, 1985, p. 13, dice que "la guerra organizada surgió, al menos, a finales de la Era Paleolítica". Otros la sitúan después del comienzo de la civilización. A partir de mis estudios, coincido con Ferrill, pero nadie duda de que la guerra es, por lo pronto, tan antigua como la civilización.

¹¹ *The Lessons of History*, Nueva York, 1968, p. 81.

¹² Ésta es la prueba que presenta Arther Ferrill, *The Origins of War*, pp. 318-319.

tiempo de la memoria de la humanidad, *especialmente las razones por las que lucharon unos contra otros*" [cursivas del autor].¹³ Tucídides, que escribió poco después de Herodoto sobre otra guerra, buscó sus causas en aspectos más pragmáticos. Confiaba en la utilidad de su historia "para aquellos que deseen tener una comprensión clara de los sucesos del pasado y de los del futuro que, por la naturaleza humana, se repetirían igual o en forma parecida". Por eso se dedicó a escribir, con mucho detalle, sobre las batallas entre Atenas y el Peloponeso y las razones que tuvieron para romper su tratado: *"para que nadie tenga que volver a buscar nunca más la causa de una guerra tan grande entre los griegos"* [cursivas del autor].¹⁴

El estudio cuidadoso sobre las causas de la guerra disminuyó durante los siglos siguientes, quizá debido a que ocurrían con tanta frecuencia que se asumieron como algo inevitable y, para muchos, deseable. En nuestro siglo,* el impacto y las consecuencias destructivas de la Primera Guerra Mundial provocaron un nuevo interés en el tema y, sin duda, el estudio más completo e intenso sobre las causas y orígenes de la guerra se hizo a partir de ella. Por supuesto, en esta era moderna, los académicos y los aficionados han tratado de encontrar las causas de la guerra más allá de la curiosidad de Herodoto. Creen, con razón, que la amenaza de una catástrofe provocada por la guerra moderna hace que la comprensión de sus orígenes sea una tarea ineludible. Sólo así pueden aplicarse políticas adecuadas que intenten impedirlo.

* * *

¿Cuánto ha comprendido el mundo moderno sobre las causas de la guerra? La respuesta, creo, es que no lo hemos hecho tan bien como los griegos de la antigüedad. Ha sido una característica de nuestro tiempo buscar las causas y orígenes de la guerra en fuerzas impersonales: la monarquía, la aristocracia y el espíritu militarista de una época anterior que los acompaña; las reversiones atávicas de la era moderna; la lucha de clases; el imperialismo; la carrera armamentista; los sistemas de alianzas, etc. Sin embargo, la caída de la monarquía y de la aristocracia no ha provocado el fin de la guerra en la era moderna. Las luchas de clases son, al menos, tan viejas como las antiguas ciudades-Estado; en algunas ocasiones se han visto involucradas en los orígenes de las guerras, pero, generalmente, no ha sido así. El imperialismo es, al menos, tan viejo como el antiguo

¹³ Herodoto, I.1. (las referencias a los escritores de la antigüedad se dividen, como es la convención ahora, en libros, capítulos y secciones.)

¹⁴ Tucídides, I.23.

* Siglo XX. [N. del T.]

Egipto, Mesopotamia, China, la India, Persia, Grecia y Roma, pero han existido imperios sin guerras y guerras sin imperios. Los sistemas de alianzas son frecuentes en la historia; las carreras armamentistas lo son menos. Algunas veces contribuyen al surgimiento de una guerra, o a su intensidad y duración pero, al menos, a menudo ayudan a prevenirlas. Típicamente, no son las causas sino los síntomas, reflexiones o efectos de los elementos básicos.

Los estudiosos modernos más sabios que analizan las guerras han llegado a la conclusión de que éstas ocurren por una razón fundamental: la competencia por el poder. Éste es el punto de vista de un destacado historiador de la guerra moderna: "En 1914 muchos alemanes, y en 1939 casi todos los británicos, encontraron justificación para ir a la guerra, no por ningún motivo que hubiera podido resolverse mediante negociaciones, sino para mantener su poder. Quedaron tan aislados, tan impotentes, sin ningún poder que defender que tuvieron que aceptar una posición subordinada dentro de un sistema internacional dominado por sus adversarios".¹⁵ Para muchos, en el mundo moderno, la palabra *poder* tiene un sonido desagradable. Parece implicar la capacidad de imponer la voluntad de uno sobre otro, generalmente utilizando la fuerza. El poder se considera como algo intrínsecamente dañino. Sin embargo, ésta es una concepción excesivamente restringida. En sí mismo el poder es neutral. Es la capacidad de alcanzar objetivos deseados, y éstos pueden ser buenos o malos. Es también el medio de resistir las demandas y compulsiones de otros. En este último sentido, el poder es esencial para la obtención y conservación de la libertad. En el Reino del Cielo, nos han hecho creer, los seres humanos no necesitarán poder, pero en el mundo en que vivimos es consustancial al hombre, y la lucha por alcanzarlo, inevitable. Este punto de vista es básico para dos escuelas de pensamiento de las ciencias políticas modernas que estudian las relaciones internacionales: los "realistas" y los "neorrealistas". Los primeros creen que todos los Estados y todas las naciones aspiran a tener el mayor poder posible, como algo que se pretende no por lo que puede proporcionar, sino por sí mismo. El deseo de poseerlo se parece al pecado original, algo sin atractivos, deplorable y condenable, pero ineludible. Los "neorrealistas" explican el comportamiento de los Estados desde el punto de vista de sus relaciones internacionales, de una forma menos dura y censurable como la búsqueda, no de la autoridad en sí misma ni del control, sino de la seguridad que, a su vez, necesita del poder. La visión realista es sombría porque no contempla formas para detener la búsqueda ilimitada de poder y los conflictos que esto produce; sólo considera la conquista de todo por una única fuerza, o el mantenimiento de una paz frágil a partir del temor recíproco. La visión neorrealista es menos

¹⁵ Howard, "The Causes of Wars", en *The Causes of Wars*, editado por Michael Howard, Cambridge, Mass., 1983, p. 16.

aterradora porque deja abierta la posibilidad de que los sistemas y los pueblos puedan encontrar alguna solución que permita adaptar y controlar el poder de manera que pueda proporcionar seguridad para todos sin tener que enfrascarse en una lucha interminable por alcanzarlo, aunque no puede afirmarse que algún sistema haya podido, de momento, satisfacer estas esperanzas.

Los realistas no aclaran los usos que los Estados desean darle al poder que adquieren. Los neorrealistas sugieren que los Estados lo buscan, fundamentalmente, para conservar las cosas buenas que poseen, en paz y con seguridad. La mayoría de los estudiosos modernos que analizan este aspecto asumen que los Estados lo quieren para alcanzar objetivos prácticos y tangibles tales como la salud, la prosperidad, la seguridad y la libertad, y para protegerlos de interferencias externas. Pero la variedad de fines que lleva a los pueblos a la lucha es más amplia y no siempre es tan práctica. Todos los propósitos de las guerras, dice otro estudioso de sus causas,

son sólo diferentes aspectos del poder. El orgullo nacionalista, la insistencia por desarrollar una ideología, la protección de los familiares en tierras contiguas, el deseo de territorios y del comercio, la venganza de una derrota o de un insulto, las ansias de un poderío nacional más fuerte o de la independencia, el deseo de establecer alianzas; todo esto representa poder, en diferentes envolturas. Los objetivos conflictivos entre naciones rivales son siempre conflictos de poder.¹⁶

La lista, sin embargo, no incluye solamente variedades de poder sino también las razones para lograrlo.

En el siglo V a. C., creo, Tucídides proporcionó una explicación más clara, profunda, elegante y comprensible de por qué los pueblos organizados en Estados tienen tendencias a promover guerras. También consideraba la guerra como una competencia armada por el poder. Sin duda, se anticipó a los realistas modernos en el famoso Diálogo de Melos. En él, presenta al portavoz ateniense tratando de convencer a los sitiados melinos para que se rindan ante el poderío de Atenas. No existe un debate moralizador, porque, tanto en la tierra como en el cielo, la búsqueda ilimitada del poder es algo natural: "Por necesidad de su naturaleza [los seres humanos] gobiernan tanto como su poder se lo permite"¹⁷ y también explicaba por qué lo buscaban. En la lucha por el poder, ya sea por lograr una cantidad racional o por el impulso insaciable de obtener el mayor posible, Tucídides encontró que los pueblos van a la guerra por razones de "honor, temor e interés".¹⁸

Me he dado cuenta de que estos tres motivos resultan los más esclarecedores para entender las causas de las guerras a través de la

¹⁶ Geoffrey Blainey, *The Causes of War*, Londres, 1973, pp. 149-150.

¹⁷ 5.15.2.

¹⁸ 1.76.2. Las palabras griegas son *timé*, *deos* y *ophelia*.

historia y me referiré a ellos con frecuencia en este trabajo. Que los Estados se lancen a las guerras por temor y por interés es algo que no sorprenderá al lector moderno, pero que lo hagan por razones de honor puede parecer extraño. Si entendemos el honor como fama, gloria, renombre o esplendor, podría pensarse que sólo fuera aplicable en las épocas remotas. Si, en cambio, asumimos su significado como deferencia, estima, justicia, consideración, respeto o prestigio, encontraremos que resulta, también, un motivo importante para las naciones modernas. El honor, entendido así, es bueno en sí mismo, pero también posee una importancia práctica en la competencia por el poder. Cuando está en declive, lo pierde de igual modo el poder del Estado y viceversa. El poder y el honor mantienen una relación recíproca. Resulta obvio que cuando crece el poder de un Estado, el respeto y la deferencia que lo caracterizan tienden a crecer también. Pero lo contrario también es cierto: aun cuando su poder material parece ser inmutable, en realidad declina si, de alguna manera, estas actitudes hacia él varían. Esto sucede con más frecuencia cuando a un Estado comienza a fallarle su voluntad de utilizar su poder material. El lector posiblemente se sorprenderá al constatar -en los momentos que estudiamos aquí, y creo que en muchos otros casos- el papel insignificante que juegan las consideraciones de utilidad práctica y de beneficios materiales, e incluso las propias ambiciones de poder, como detonadores de las guerras, y el papel decisivo que a menudo juegan las consideraciones sobre el honor.

¿Cuál es, entonces, el mejor método que nos puede llevar a entender cómo y por qué se lanzan a la guerra los Estados y las naciones? Si están en juego el honor, el temor y el interés, resulta esencial tener una idea de las distintas formas en que se consideraron y se relacionaron estos elementos unos con otros, porque pueden variar en sociedades y momentos diferentes. Los conocidos versos del poeta de la antigüedad griega, Arquíloco, presentan las dos posibilidades fundamentales: "el zorro sabe muchos trucos, el erizo sólo uno;/ un truco grande". Los filósofos y la mayoría de los especialistas en ciencias sociales son los erizos; buscan explicar un amplio rango de fenómenos particulares a partir de la generalización más sencilla. Pero en el mundo de los asuntos humanos, muy complicado por la presencia de las voluntades individuales y de ideas particulares sobre la existencia o no del honor, sobre qué es el interés, e incluso sobre lo que debe temerse, las explicaciones extremadamente generales no son ni útiles ni posibles. Los historiadores deberían ser, en primer lugar, zorros, y utilizar todos los trucos que están a su alcance para explicar la mayor cantidad de aspectos particulares de la forma más precisa y convincente posible. Entonces, deberían tratar de encontrar ejemplos reveladores a partir de las experiencias humanas más variadas, para sustentar generalizaciones de una amplitud diversa. No deberían buscar el gran truco que lo explicara todo, sino las generalizaciones más pequeñas,

que deben comprobarse por otros análisis de las evidencias y por nuevas experiencias humanas, a medida que vayan surgiendo, que todavía puedan resultar interesantes y útiles. Creo que el historiador que escoja este camino combinado, principalmente el del zorro, sin olvidar al erizo, obtendrá los mejores resultados.

Muchos historiadores han examinado las causas de guerras específicas, algunos con gran éxito, sin tratar de hacer observaciones más amplias basadas en el estudio de diferentes guerras. Algunos escritores, por otro lado, han utilizado los ejemplos históricos como fuente principal para su comprensión de las causas de la guerra en general, pero ninguno, hasta donde sé, ha examinado cuidadosamente los orígenes de varias guerras a partir de algún detalle que pudiera iluminar la cuestión global. Esto es lo que se intentará hacer aquí. El método que se utilizará será a partir de la historia narrativa comparada. Es un estudio sobre las causas de la Guerra del Peloponeso (431-404 a. C.), la Primera Guerra Mundial (1914-1918), la Segunda Guerra Púnica (218-202 a. C.) y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). El último estudio es sobre la Crisis de los misiles en Cuba, en 1962, un acontecimiento excepcional que hizo pensar a muchos que existía una amenaza seria de guerra, pero la crisis terminó sin desarrollarse. Se incluye porque fue, aparentemente, el momento en que más cerca se encontró el mundo de una guerra entre grandes potencias en la era nuclear. Se ha afirmado con frecuencia que las analogías establecidas a partir de conflictos internacionales que ocurrieron antes de la invención del armamento nuclear no pueden aplicarse en la era nuclear, que la existencia de este tipo de armamento, con su capacidad sin precedentes para destruir, crea una "disuasión mínima" que es suficiente para prevenir una guerra a gran escala. El estudio de la Crisis de los misiles en Cuba, por tanto, es esencial para poner a prueba aseveraciones como ésta, de la mejor manera que podamos. Recientemente se publicaron, por primera vez, documentos vitales para su comprensión, y se revelaron aspectos importantes que han clarificado cuestiones generales sobre las causas y los orígenes de las guerras. El nuevo material ha cambiado mi propio juicio e interpretación de la crisis y ha acentuado mi convicción de que un análisis sólido de las relaciones internacionales y de los orígenes de las guerras en las épocas antiguas son todavía relevantes para nuestro propio mundo.

En cada estudio se considerarán, al menos, las siguientes preguntas: ¿cómo eran el carácter y los objetivos de los contrincantes? ¿Cómo tomaba sus decisiones sobre política exterior cada Estado? ¿Cuál era la configuración del sistema internacional? ¿Qué clase de paz se rompió? ¿Qué hizo que los Estados se lanzaran a la guerra? ¿Cómo y por qué tomaron la decisión de pelear? ¿Cuáles eran las opciones reales y, más importante, cuáles pensaban ellos que eran las opciones reales? Trato de responder estas preguntas en cada caso

mediante una narrativa analítica que pretende proporcionar un relato interesante e instructivo.

Debo explicar por qué escogí estas guerras, entre todas las que han ocurrido en la historia de la humanidad. Todas se relacionan con la experiencia del mundo occidental, en parte porque es el mundo que mejor conozco y al que tengo acceso, en su idioma original, mediante sus textos y estudios. Además las escogí porque estoy interesado en el estallido de las guerras entre Estados que pertenecen a un sistema internacional, como el que tenemos hoy en día. Los griegos y los romanos de la era republicana vivían en ese tipo de mundo, y así ha vivido Occidente desde los tiempos del Renacimiento. Muchos otros pueblos han vivido sin Estados o en grandes imperios en donde los únicos grandes conflictos armados fueron guerras civiles o intentos de defender un reino contra bandas de invasores. Dentro de la experiencia occidental he tratado de seleccionar ejemplos de períodos históricos diversos que incluyan una variedad de Estados existentes en sistemas internacionales de características disímiles. Cada caso se ha escogido, también, porque ha generado un debate intenso e instructivo entre los académicos que los han estudiado. Debido a que existen muy pocos materiales sobre el período antiguo, comparado con lo que existe del período moderno, las explicaciones de las guerras de la antigüedad serán más cortas, menos profundas y detalladas, aunque pienso que hay suficiente información que hará posible discusiones provechosas. Hubiera sido viable, por supuesto, hacer una selección diferente, pero creo que las aquí mostradas permiten una investigación instructiva e interesante.

Mientras se escribe esta página estalla una guerra civil en el antiguo Estado de Yugoslavia que ya ha provocado la intervención de las fuerzas armadas de la OTAN, a la que Rusia se opone públicamente. Los propios rusos se encuentran inmersos en conflictos fronterizos con pueblos que anteriormente formaban parte de la Unión Soviética. Polonia, Checoslovaquia y Hungría se sienten amenazados por el posible resurgimiento del poder ruso y por esto buscan, con urgencia, ingresar en la OTAN, algo a lo que los rusos se oponen enérgicamente. Corea del Norte, que posiblemente ya tiene armas nucleares o, al menos, la capacidad para producirlas, tiene ubicada gran cantidad de tropas en la frontera con Corea del Sur. Esto implica una amenaza de guerra si los Estados Unidos insisten en exigir la inspección de los emplazamientos nucleares y la prohibición de las armas nucleares. No todas las crisis graves, afortunadamente, provocan una guerra. Todos estos problemas posiblemente se resuelvan de manera pacífica cuando este libro esté en la imprenta, pero de ser así, seguramente serán sustituidos por otros no menos graves y peligrosos. Debe quedar claro que amenazas a la paz, iguales a las del pasado, persisten hasta nuestros días y continuarán

en el futuro. La necesidad de afrontarlas con sabiduría, en una era de armas nucleares, es mayor que nunca.

El secreto del éxito de nuestra especie ha sido su capacidad de aprender de la experiencia y de adaptar su comportamiento a las circunstancias. El objetivo de este libro es proporcionar un estudio que pueda ayudar a realizar este esfuerzo. El sabio chino Sun Tzu dijo: "El arte de la guerra es de importancia vital para el Estado. Es un asunto de vida o muerte, un camino que conduce a la seguridad o a la ruina. Por tanto, es un tema de investigación que no puede, de ninguna manera, descuidarse".¹⁹ De igual importancia es el arte de evitar la guerra, y tampoco puede descuidarse, sin correr peligro, el intento de entender sus orígenes y causas.

¹⁹ Sun Tzu Wu, *The Art of War*, traducido por Lionel Giles, Harrisburg, 1944, p. 40.